

J. M. SOMAVILLA

TÚ ECHA UN PIE ADELANTE
Y LUEGO EL OTRO



NAUSÍCAÄ

MMX



1.ª edición Nausicaä marzo del 2010

Copyright © José Manuel Somavilla, 2010

Copyright © de la edición,

Nausicaä Edición Electrónica, s.L. 2010

Copyright © de las ilustraciones, José M. Soler Burillo, 2010

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Compuesto en Minion Pro 10,5/12

ISBN: 978-84-96633-90-2

*A los hermanos Marcos y
Emilio López-Rendo*

*¡Echad un pie adelante y luego el otro y os
sorprenderá hasta donde podéis llegar!*

MARIO, arengando a sus hombres,
en la guerra de Yugurta

TABLA

PRÓLOGO.....	11
A MODO DE PREÁMBULO	17
LOS PREPARATIVOS	35
EL CAMINO ARAGONÉS.....	49
EL CAMINO EN NAVARRA	77
EL CAMINO EN LA RIOJA.....	109
EL CAMINO EN BURGOS.....	133
EL CAMINO EN PALENCIA.....	165
EL CAMINO EN LEÓN	179
EL CAMINO EN GALICIA	219
DEDICADO.....	249

A MODO DE PREÁMBULO



Amigo lector, permítame tutearte ya que vamos a caminar juntos durante las siguientes páginas. No es necesaria mucha sino, al menos, un poco de sensibilidad para sentir interés por cuestión tan aparentemente superficial, como es el Camino de Santiago.

Estoy seguro de que ha sido ese sentimiento el que ha hecho que te intereses por una obra alejada de las memorias al uso.

En medio de la vida laboral o al final de ella, muchos nos preguntamos si hemos hecho bien en dedicar horas a intentar prosperar social y económicamente, y tan pocas a nosotros mismos. En muchos casos, la ventanilla de las quejas está cerrada. Y, aunque estuviera abierta, no nos van a devolver el tiempo que dejamos de disfrutar.

Les suele pasar a quienes se enfrentan a cosas parecidas que se limitan a quejarse de que no tienen tiempo, pero sólo piensan serenamente en él cuando ya es un poco tarde o cuando les sacude un batacazo en forma de enfermedad y, entonces, se dan cuenta de que la vida moderna les estaba pasando como un vendaval y que no eran capaces de obsequiar a los suyos y a ellos mismos con un trozo de tiempo.

En la vida, casi todo es recuperable; el dinero, la ilusión, el trabajo, las oportunidades, el amor, la amistad, incluso la salud puede recuperarse pero no el tiempo. Ese no vuelve.

El Camino es la revolución contra la dictadura de la prisa que, ahora, se ha convertido en una filosofía de vida de miles de personas. Y el asunto no es nuevo. Es lo que hacían

nuestros antepasados medievales cuando construían simples vidrieras o catedrales, que no tenían fecha de entrega sino el compromiso de que quedase perfecto. Del albañil al cantero, lo importante era la obra, no el tiempo. Ahora es al revés. Estamos tan metidos en este concepto acelerado que dejamos las cosas mal hechas o inacabadas.

Sócrates, Aristóteles, Plinio, Platón, Polibio, Esquilo, Aristarco... aquellos griegos excelsos de cuyas enseñanzas seguimos viviendo, disfrutaron todos del placer de sentarse, con sosiego y paciencia, a la puerta de su hogar. Mirando las aguas azules que forman la charca del *mare nostrum*, y dejando volar su imaginación, crearon y divulgaron teorías, conceptos, principios y axiomas cuya validez continúa siendo firme.

Ese placer consistía en poder concentrarse.

Y, en el presente, la mayoría de la gente no somos capaces de concentrar nuestra atención en las cosas vitales, y hacerlo bien porque vivimos, en realidad, la era de la distracción.

Uno de los más destacados asuntos que atrapan la atención de los espíritus sensibles es la naturaleza fundamental de la realidad y sus implicaciones para la vida. Somos las únicas criaturas que nos centramos en mantener el diálogo con el interior —con el inconsciente— para averiguar la verdad formulando preguntas como: ¿Qué significa todo esto?, ¿en que consiste la vida?, ¿por qué he venido y me voy? Y como esto de comunicarnos con nosotros mismos lo tenemos que hacer solitos, sin mirar el reloj, el Camino ofrece posibilidades seguras para ello.

Hace años, cierto escritor, brasileño creo, que recorrió, según jura, una vez el Camino, escribió bajo el título *O Diário de un Mago* —en la edición española *El peregrino de Compostela*—, sus impresiones para deleite de *fans* y de la cuenta corriente, aderezando el ladrillo con justificaciones psicósomáticas, éticas, estéticas y demás mariconadas al uso pese al espantoso esfuerzo que supone tragarse dos centenares de páginas para comprobar al final, o mucho antes, hasta que punto se puede ser retórico y flagelar a la peña a base de farfolla y cuento chino. El argumento del mamotreto se basa en que el *prota*, que forma parte como *Maestre* de la *Orden del RON*,

creo o del RAM, qué sé yo, y su mujer vienen a España trayendo con ellos una espada que la esposa va a enterrar en un oculto lugar del Camino y que él, acompañado de un guía mago vistiendo bermudas y camiseta blanca, ha de encontrar si desea homologarse con Harry Potter. Si quieren seguir la apasionante soplapollez igual encuentran por ahí algún ejemplar.

Vaya por delante que cada escritor saca de la péndola lo que le viene en gana, que cada editorial se arriesga con lo que le parece mejor y que cada lector compra lo que le sale de la bisectriz, pero dicho esto, lo que enoja es que salgan capullos autodenominados críticos literarios diciendo que *O Diário de un Mago* es un éxtasis metafísico-literario, un best seller jacobeo. Para echar la pota, oiga.

¿Creen que exagero? He aquí una muestra. Desde hace un tiempo ese peregrino-escritor que adquirió en un solo recorrido de la ruta milenaria —claro, era también mago—, más sabiduría, experiencia, aventuras y anécdotas que las obtenidas por una legión de caminantes, publicaba este año en un diario de gran tirada —es de suponer que a buen precio dado su *cachet* editorial— una columna titulada “*Cavilamientos Participados*” o algo así, cuyas ideas filosóficas te rilan, vaya.

Vean uno de los últimos *cavilamientos*:

«Se cuenta la historia de una rosa que deseaba la compañía de las abejas, pero ninguna se le acercaba.

A pesar de todo, esta flor aún era capaz de soñar. Cuando se sentía sola, imaginaba un jardín cubierto de abejas, y que todas venían a besarla. Y conseguía resistir hasta el próximo día, cuando, una vez más, abría sus pétalos.

¿No te sientes cansada?, alguien debe haber preguntado.

No. Tengo que continuar luchando, responde la flor.

¿Por qué?

Porque si no me abro, me marchito»

Ahí queda eso, y yo levitando.

Si a este y a otros similares “*cavilamientos*” le pongo como música de fondo un tema de Vangelis, es posible que salga c... leches a solicitar el ingreso inmediato en los Hare Krishna.

Con lo sencillo que resulta interpretar al Camino y a sus gentes. No sólo a los peregrinos sino también a las personas que, de una u otra manera, forman parte de este movimiento que cumple diez siglos de existencia.

Sin embargo, gran parte del público no ejerce la autocritica y se deja influir por los criterios que impone la nómina oficial de listillos acreditados por sus mariachis y la legión de bobalios. ¿Se imaginan cual sería el resultado si ustedes mismos, después de un éxtasis metafísico, enviaran a un diario pensamientos tan profundos como el de la rosa al que la abandonó su desodorante y los putos abejorros?

Y es que la farsa está montada para vivir de los primos que se las dan de *modelnos*. “Si firmara una cagada de perro sería arte”, dijo Damien Hirst, el pintor de Devon (Inglaterra), el mini-warhol particular del Reino Unido que mete vacas en formol por unos milloncitos de libras, y que hace unos meses recaudó en la subasta de Sotheby’s 111 millones de libras por unas obras clasificadas por los expertos como infumables.

Si se me ocurre presentarme en el negocio de un acreditado marchante con un lienzo creado por mí después de una noche de *beefeater&chivas*, en cuya tela, previamente pintarrajeada al bies y al alimón con ambas manos, he garabateado unos cuantos signos y, como remate, pegado con *loctite* la colilla de mayor tamaño que tenía depositada en el cenicero, es seguro que abandone el establecimiento con la crisma quebrada. Y todo porque en la esquina inferior del cuadro no aparecía la firma del autor que tú sabes.

Como eso no era posible, pudiera intentarlo de otro modo, juntando y soldando unos largos trozos de hierro junto a otro algo retorcido que encontré en una chamarilería e introducirlos con mucho arte en las rocas de un saliente en la costa y, al excelso conjunto, denominarlo *Los vientos se peinan junto al mar*. O mejor aún, como estoy aburrido y el médico me ha recomendado hacer ejercicio, agarraré los botes de pintura que tenía olvidados en la cochera y me dedicaré a pintar figuras geométricas de colores en los troncos de todos los árboles del bosquecillo que tengo frente al chalet en el que veraneo. La obra, contemplada en su conjunto a una distancia adecuada,

se mostrará fascinante por su colorido y profundidad. Pienso llamarla *El bosque plastificado*.

Pero como soy algo gallina y mi mujer, a la que hice participe de mis afanes, me ha prevenido de que la ertzaintza puede detenerme por agresión al medio ambiente, decidí desistir. Mi mujer, desde entonces, lamenta su consejo y disimula lo que puede al ver el éxito obtenido por un tío que duerme con la chapela puesta y que puso en práctica mi idea.

ESCUHAD, SOY CREYENTE. Creyente de Jesús (Cristo), quede claro. Y nada creyente del eremita Pelagio —culpable por chivarse en el año 843 de haber visto “la luz de una estrella posarse sobre un montículo” mientras oía cánticos de coral gallega y que, por el soplo, millones de individuos hayamos movido el esqueleto durante centenares de kilómetros; tampoco de Alfonso II El Casto, ¡en aquellos tiempos!, que vio la oportunidad política; ni del obispo de Iria Flavia, Teodomiro, cuate del anterior que olió el negocio; y, aunque no pasaban por aquí, mucho menos de Alejandro VI y de los obispos Cauchon y Setién porque, ambos, se esforzaron por ganar reputación de indignidad. No confío en la palabra de los hombres sino en sus obras como previenen los evangelios y, por desconfiar, hasta recelo de mí mismo.

Aunque existen excepciones: Entre otros, menciono a mis padres, a los niños, a los anónimos misioneros esos tipos que hacen el mundo soportable y, verbigracia, a Teresa de Calcuta y Vicente Ferrer a los que cito por sus nombres por ser coetáneos y conocidos.

El introito viene a cuento del porqué de estas memorias y la justificación de un tipo que, además de hacer otras cosas, dedica un mes durante cada uno de los últimos veinte años a patear las principales rutas que conducen a la tumba del Apóstol Santiago, cuando tiene la convicción de que los huesos añejos depositados en la urna de plata pueden ser de cualquier anónimo y *cuitadiño* galaico, desde uno que ordeñaba vacas hasta otro que plantaba grelos los cuales sabían perfectamente quién era César y los centuriones que mamonearon con ahínco para aliviar el censo de galaicos, lusitanos y cántabros, y

después, al canijo Octavio que le siguió en el mando y en la escabechina, pero ignoraban por completo quién fue crucificado en Jerusalén, e incluso desconocían qué diablos era Jerusalén. Bastante tuvieron con saber que quienes les dieron hasta debajo del sobaco y les molieron a palos hasta decir *sí bwana*, eran los cabrones de los romanos que se empeñaron en civilizarles.

Lo más creíble, de ser restos de algún personaje, es que pertenezcan a Prisciliano, obispo del s. IV, que fue condenado por hereje y decapitado, con la oposición del que más tarde sería santificado como Martín de Tours. Esta hipótesis la sugirieron algunos historiadores, en especial Unamuno y como don Miguel tenía prestigio y muchos discípulos, su idea cuajó.

La insólita visita del Apóstol a Galicia y su posterior regreso en barca hasta Padrón tuvo un olvido de nada, total setecientos años, hasta que “por razones de cuartel y de claustro” —vid. Gárgoris y Habidis, Sánchez Dragó, Planeta, 1985— se pone en marcha el descubrimiento de la tumba, echando mano al *illo tempore* con objeto de acomodar la leyenda”.

Lo que sí es cierto es que los huesos de la urna no siempre estuvieron allí. El Obispo de Santiago, en la época (s. XVI) en que los piratas ingleses solían darse garbeos por la costa gallega y desembarcaban con frecuencia en busca de mujerío, mariscadas y oro, hizo enterrar los restos del Apóstol (año 1588) para que no fueran profanados.

Aunque San Julián de Toledo afirmaba en el 686 que nunca Jacobo alguno vino, ni con sus propios pies ni con ellos por delante —e igual afirmaban el padre Mariana y el primado de las Españas, el arzobispo García de Loaysa—, el Papa León XIII decidió en 1884, cinco años después de acometer unas obras en la Catedral y tirar un muro que dejó al descubierto un sepulcro con los restos de tres cuerpos, que los huesos de uno de ellos eran de Santiago el Mayor, porque el canónigo Labín acompañado del maestro cantero, Juan Nartallo, y de un amigo experto en osamentas, Antonio López Ferriero, echaron una mirada al cajón y sin ver la factura del *cortinglés* exclamaron a una, como el griego, ¡*Eureka, es Yago!* lo que constituye un verdadero acto de fe. En los hombres, no en el apóstol. Y vuelvo a los evangelios.

Pero, ¿de verdad era y es necesario para el cristiano que peregrina a Compostela la certidumbre de que allí reposan los restos mortales del Apóstol? Ciertamente, no. Como tampoco lo es para quienes peregrinan a Jerusalén, hasta la tumba vacía de Jesús.

La meta, la peregrinación, es para el católico un Camino espiritual que le pone directamente en contacto, a través de la fe y en este caso con intercesión del discípulo mártir, con Jesús y ello sin necesidad de instrumentalizar físicamente ni un lugar ni unos huesos. El alma del creyente enlaza con lo divino por rutas distintas a las establecidas por los hombres.

Sin embargo, éstas, como es el caso de Compostela, colaboran positivamente si se las considera como un símbolo que acerca a la fe y la fortalece.

Desde el primer momento el llamado Camino de Santiago, Vía Jacobea, Vía Láctea, Vía Francígena, Camino Francés, Camino Real... fue transitado por toda clase de individuos y personajes, inspirados por diversos motivos, la mayoría nada religiosos. Recuérdese que, en determinados países, a los condenados a prisión por los delitos cometidos, se les conmutaba la pena a cambio de peregrinar a la tumba del Apóstol porque las autoridades suponían que, tratándose de una aventura larga en el tiempo, dura y peligrosa, la mayoría no regresaría jamás y el que tornara sería ya un bendito de Dios. Claro que, en aquella época de necesidad y hambruna, también influyó lo suyo el hecho de que salía más barato enviarlos lejos que tener que alimentarlos y vigilarlos en las prisiones. Los que, al parecer, dieron la pauta fueron los tribunales de justicia belgas quienes durante la Edad Media impusieron la pena de ir en peregrinación a Santiago como castigo por los delitos que se hubieran cometido.

En la década de los ochenta del pasado siglo y con el nombre de Proyecto Oikonen (nada que ver, ¡oh casualidad! con *Oikomen*), que queda muy fino, retomaron la medida con jóvenes delincuentes.

¿Que la reflexión parece exagerada? Vean, vean, *nihil novum sub sole*: en el verano del 2009, debido a la crisis económica y como estrategia para reducir el déficit en el estado de California, un panel de jueces federales, en lugar de enviar

ciudadanos delincuentes a la cárcel, ordenó su excarcelación y lo hicieron a gran escala sacando a la calle, en un primer momento, 40 000 de los 150 000 presos que se encontraban en esa fecha en la cárceles californianas con el fin de paliar los gastos de la administración. Ello fue posible gracias a una ley de alambicada prosa —ya advertía Orwell que el lenguaje político sirve para encubrir la verdad, para hacer lo claro oscuro, para hacer respetable lo indigno— que, en boca de Gregorio Antúnez, el rancio jefe de la desopilante oficina de *Cámara Café*, vendría a significar: *¡Esos miles de vagos mamones a la p... calle y que les alimenten y les cuiden sus p... madres!*

Pero sigamos con los orígenes. Los peregrinos procedían de todas las capas sociales y a lo largo de la ruta fundaron iglesias, monasterios y hospitales; vagaron, mendigaron, fornicaron, robaron, mataron o ayudaron, compusieron historias, leyendas, poemas, canciones y hasta dieron su vida por otros.

El Camino se convirtió con el paso de los siglos en una vía cultural, algunos de cuyos restos, unos bien conservados otros no tanto, pueden hoy contemplarse en el centro de populosas ciudades o en tranquilas localidades alejadas de las transitadas y ruidosas carreteras. Incluso el nombre del Apóstol, Iacob (hebreo), tornó al llegar a España en Jacobo o Yago para quedar en Tiago en la Edad Media y, evolucionando, Diago, primero, y Diego, más tarde. Los franceses llamáronle Jacome, Jacme y finalmente Jacques. Jacopo y Giacomo en italiano; Jaime, traducido al español y James, al inglés.

Estas vías, que se llenaron con multitud de peregrinos en los s. XI-XII, continúan hoy siendo transitadas por numerosos viajeros que reviven la experiencia de siglos pasados bajo parecidas inquietudes y alguna nueva, propia de la época que nos toca vivir.

A pesar de la rutina cotidiana de levantarse con el alba, desayunar copiosamente, llenar la botella de agua, asentar la mochila a la espalda y echar a andar hasta que el cuerpo aguante, el peregrino adquiere con el paso del tiempo la extraña sensación de libertad que trae consigo el esfuerzo, la soledad y el descubrimiento de que es muy poco lo que se necesita para estar en paz con uno mismo. El Camino consigue hacer

pequeño al que se considera grande y hacer grande a todo peregrino anónimo que culmina el reto de llegar a Compostela.

En realidad, la mayoría de los peregrinos lo son por una mezcla de razones sin olvidar lo que tiene de moda pasajera: fervor, aventura, ejercicio físico, reto personal, promesa, curiosidad, cultura... Motivos que varían su porcentaje de acuerdo con las circunstancias del personaje que se echa la mochila a la espalda. Y, en cuanto a las necesidades de tiempos pasados y el presente, la diferencia es enorme. Hoy, una simple tarjeta de plástico cubre casi todas y el único peligro lo tienes al cruzar la carretera.

Estaremos todos de acuerdo en que la tontería, al igual que el CO₂, abunda en la Naturaleza y tengo la sensación de que es contagiosa como la gripe A. Se propaga a gran velocidad.

Me tranquiliza mucho comprobar que no todos los tontos del haba son paisanos y que ciertos ejemplares foráneos pueden llegar a serlo más que los nuestros.

Conforme me hago más viejo, me hago más intolerante a las necedades a pesar de que yo mismo me he contagiado de esta enfermedad. Me descubro haciendo o diciendo bobadas. Me consuela, no obstante, que cualquier persona inteligente puede decir o hacer tonterías sin por ello ser un tonto. Es, incluso, inevitable a no ser que se muera antes. Cuestión de tiempo.

Alberti reconoció que era un tonto y que lo visto en la vida le había doblado la dosis.

En cierto modo, cada época genera unos paradigmas de comportamiento que la caracterizan, en función de hechos históricos o de circunstancias que motivan toda una conformación del carácter general de parte de la sociedad. Por eso no es difícil explicar el tono tremendamente religioso y, a la vez, pesimista, depresivo y picaresco que tuvo el Camino durante los primeros siglos. Por él, se dejaban caer mezclados con canteros, arquitectos, comerciantes y aventureros una legión de falsos mendigos, fulleros, truhanes y prostitutas. Una época que, simultáneamente, era capaz de producir santos —como Domingo de Silos, Juan de Aznalfarache, Juan de Ortega y Domingo de la Calzada—; pícaros ruines que sólo buscaban

llenar la andorga sin pegar un palo al agua —como fray Pedro de Hurdimalas y sus compinches Mátalas Callando, Juan de Voto a Dios (también conocido como Juan de Espera en Dios, Juan Guarisma o Judío Errante)*, Nicola Albani, fray Juan de Longas y la caterva de monjes giróvagos—, los muchos venteros enemigos naturales del peregrino dedicados a desplumar a los incautos con malas artes, juego y prostitución (cuyo modelo era la famosa *Venta de Esculabolsas* en el camino aragonés y las no menos peligrosas *Venta de Rompesacos* y *Venta de No Me Fíes*) y canallas de altos vuelos —como el Vizconde de San Miguel, Viviano de Agromonte, los monjes de san Juan de Cornellana o el Señor del Castillo de Auctares—.

Por el contrario, el momento actual se caracteriza por el progreso inmenso en todas las áreas y una fe ilimitada en el progreso lineal de la humanidad, al menos en los pueblos desarrollados, y en creer que la felicidad está al alcance de la mano, siempre que enarbole una tarjeta de plástico endosada a una entidad bancaria.

Sin embargo, no puedo pasar por alto —se suceden los tiempos y, a veces, los modos—, que, hogaño, existe otra categoría de viajero que no se daba antaño: los *fashionboys* que, casi siempre en grupitos, vienen al Camino en plan pijo que te rilas, oye, y dicen todo el tiempo *geeenal*, *buen rollito*, *oye tía/o*, *superguay*, *superlomás*, *tope fáassion*.

Se dejan caer por la ruta milenaria al igual que irían a practicar *saltapuenting*, *surfigiling*, *raskahueving*, y todo eso. A la peña le importa un nabo Santiago, el románico, los monumentos, el paisaje y los paisanos. Son los que creen que el Pórtico de la Gloria es una transversal de la calle Escudiller en Barcelona o el pasaje de la Montera en Madrid.

* Pedro de Hurdimalas, protagonista del *Viaje a Turquía* (1557), de Cristóbal de Villalón el autor de *El Crotalón* y la *Ingeniosa Comparación entre lo antiguo y lo presente*, remaba en las galeras del almirante Andrea Doria cuando fue apresado por los turcos y después de un penoso cautiverio pudo huir fingiéndose médico de un Bajá. En el Camino de Santiago, en compañía de los pícaros Juan Voto a Dios y Mátalas Callando hizo de su aventura un oficio. Expertos literarios aducen con bastante razón que Voto a Dios podría ser Alonso de Portillo y Mátalas Callando, el clérigo Granada ambos fundadores del hospital de la Resurrección, de Valladolid.

Son los que pretenden alcanzar el nivel Maribel de sus hazañas, contando al regreso como se zamparon los 800 kilómetros en veinte y pocos días o en siete, dando pedales sin parar una sola vez para miccionar.

Durante los meses de julio y agosto, época vacacional por excelencia de los tiñalpas, afluye otra subcategoría, la de la basca que acude al Camino vestida de *Brigada Mandioca* con chalecos de pescar truchas, creyendo que van a tener un veraneo bonito, excitante y... barato; algo así como la *Ruta Quetzal* de Miguel de la Quadra para adultos, y luego resulta que no lo es tanto a causa de las ampollas, echar el bofe llevando la casa a cuestas por esas cabronas montañas que se ven tan bonitas a lo lejos, tan cinematográficas ellas; obligarse a madrugar a las cinco de la mañana todos los días y salir escopetados como ladrones para anticiparse al resto de la tropa, que queda durmiendo, y llegar a tiempo al siguiente albergue antes de que pongan el cartel de completo.

La basca, nada más entrar en el refugio enganchan los cargadores de móviles y cámaras a la corriente. Luego, mientras despliegan los sacos sobre las literas, hablan a gritos sin cortarse un poquito y así podemos entender catalá, valensíá, vascongué, gabachó, inglés, tedescó, toscanó y sambeiró (portugués carnavalero) y enterarnos de que a la Monse le ha venido eso; que Iñaki agotó el papel higiénico durante la etapa; que la Brigite ha hecho una sospechosa y prolongada parada fuera del Camino en compañía de un mocetón italiano; que la pareja de franceses son unos pegueros que se arriman cuando se jala y se despistan cuando se paga.

Y el alojamiento tampoco resulta barato aunque, por el momento, sea moderado pero no lo es tanto llenar la andorga. A partir de unas pocas etapas se han pulido la mitad de la viruta en tapas, calimochos y birras por los cien mesones y bares del casco viejo de Pamplona, los tropecientos del barrio antiguo de Logroño donde reina la calle Laurel y sus vecinas, los no menos seductores de Burgos rodeando la catedral, y las mil tascas del barrio Húmedo de León.

Me recuerdan los conocidos lugares de la costa mediterránea durante el verano, cuando los miles de apartamentos

se ocupan con los veraneantes procedentes del interior de la península. Era de lo más habitual, recién ocupado el apartamento, ver a una familia entablar amistad con la del contiguo y, a continuación, juntarse en la playa y en la terraza del apartamento a las horas del almuerzo y cena. Todo era jolgorio, paellas, cerveza, jamón, vino, gambas rojas de Vinaroz, más cerveza, sepionets, más vino, cigalas, más cerveza... Pasada la primera semana se había roto la amistad y ya no se juntaban ni siquiera en la playa. Las hostilidades comenzaban cuando las tordas echaban en cara a sus maridos que ellas no eran criadas de nadie, que la señora de al lado no daba golpe y siempre le tocaban a ella las labores de chacha pero, sobre todo, porque el fondo de viruta, con el jolgorio, había descendido ostensiblemente y se hacía preciso un régimen espartano para sobrevivir hasta el fin de las vacaciones.

A nuestros compañeros tiñalpas, a partir de la capital leonesa, el ahorro les fuerza nada más dejar la mochila en el albergue, a visitar los boliches del lugar para adquirir el condumio y cocinarlo en el refugio en base a los dos menús homologados en Europa: arroz blanco con huevos los días pares, espaguetis al *ketchup* los impares, más algo de lechuga del tipo oreja de burro; y los desayunos, inalterables, tetrabrik de leche al canto y galletas maría fontaneda.

Claro, se consuelan algunas, es una sutil manera de quitarse los michelines.

Hay gente pa'tó, que dijo el clásico.

—¡Oiga, parece que a usted le molesta que cierta clase de gente pretenda hacer el Camino!

—Nada de eso, amigo. Cosa distinta es que identifique al auténtico peregrino en el caminante solitario, en pareja o familia que saben que su esfuerzo tiene una base espiritual —no he dicho religiosa— y que la aventura supone fatiga, molestias, dolores, es decir, sacrificio para concluir ante el Pórtico de la Gloria colocar los cinco dedos en los huecos de la columna de Jesé y cerrando los ojos durante un instante sentir en ese leve roce con la piedra la sutil presencia de los millones de peregrinos que se les anticiparon y que también sintieron idéntica sensación agridulce al alcanzar la meta.

Cuantos acuden al Camino, sea cual fuere el motivo que les impulsa, indican vida, fuerza y capacidad de arriesgarse mereciendo respeto por el solo hecho de acometer un generoso esfuerzo sin esperar ninguna retribución. La mayoría, sin ninguna idea espiritual, se da cuenta de que algo ha cambiado y que lo que al principio era una excursión se ha ido convirtiendo en un viaje al interior de la mente. Después, según la vida interior de cada cual, de su sensibilidad para obtener ganancia donde nada se espera, pasado un tiempo, puede que reconozca el significado del Camino y el bien que haya podido hacerle en su otro camino, en el prosaico vivir diario a lo largo de las etapas de su vida.

Quizás me he pasado un pueblo o dos al definir aquellas dos subcategorías de peregrinos y, en realidad, no sea para tanto. Y, además, gracias a esos numerosos grupos de peregrinos a los que reconozco haber tratado con cierta guasa, el Camino se ha hecho más transitable, más cómodo y su presencia ha servido para recuperar aldeas perdidas, fomentar la implantación de nuevos y mejores albergues, y elevar la economía de los habitantes de las poblaciones pequeñas y grandes de la milenaria ruta.

En el evangelio de San Marcos, 9:38, Jesús reconviene a sus discípulos cuando Juan se chiva de que vieron a uno que expulsaba demonios en su nombre, el cual no les seguía: “quien no está contra nosotros por nosotros está”.

Quizás, los que integran esos grupos, ni ellos mismos sepan con certeza que es lo que buscan o por qué. Pero es posible que acaben intuyendo la respuesta en su propia soledad y silencio al caminar durante horas por la austera meseta castellana.

Ya se sabe que toda generalización es injusta por sí misma, pero quiero dejar claro que el Camino puede transformar al más indiferente por lo que debe venir todo el que quiera sea cual fuere el motivo que le impulsa. Es seguro que la mayoría de los que, en llegando a Compostela, presentan en la oficina del peregrino su credencial repleta de sellos, sentirán una sensación nueva, la de emocionarse, al haber logrado finalizar una experiencia irrepetible compartida con gente desconocida que quedará en su recuerdo de modo imborrable.